

El diálogo Gobierno-Sindicatos-Empresarios

AYER y anteayer tuvieron lugar sendas conversaciones entre la comisión de expertos económicos designada por el Gobierno, que preside el señor Alvarez Rendueles, los sindicatos de trabajadores y la Confederación Española de Organizaciones Empresariales.

El simple hecho de que las autoridades económicas, los empresarios y los trabajadores hayan dialogado sobre la situación económica del país, que todos coinciden en considerar grave, es ya un hecho trascendente e importante. Que de las reuniones se desprenda que no hay acuerdo en temas muy importantes, tiene su lógica y no debe ser interpretado catastróficamente. Después de muchos años de ausencia de libre discusión entre los agentes económicos, las organizaciones empresariales y sindicales viven sus primeros momentos de existencia y su principal preocupación es afirmar su influencia en sus respectivas clientelas. Es lógico que sea así y ello contribuirá a que, en el futuro, las organizaciones empresariales y sindicales tengan una proyección en el país que haga posible acuerdos explícitos. Hoy, esto no es posible y no se puede pretender que, en España, donde la libertad sindical empezó ayer, los sindicatos se comporten con la misma responsabilidad que en países que tienen 200 años de experiencia sindical y de negociación colectiva en un contexto democrático.

Dicho esto, conviene también subrayar que si el pacto social expreso, como señalo anoche en TVE el presidente del Fomento, Carlos Ferrer, es prácticamente imposible, conviene que la Administración, la CEOE y las sindicales discutan a fondo la grave situación económica del país y lleguen a los máximos acuerdos parciales posibles. Si no se hiciera así, ello no se podría imputar ya al necesario período de rodaje de la libertad sindical. Se trataría simplemente de irresponsabilidad en unos momentos decisivos para la economía y, por lo tanto, para la consolidación de la democracia.

Lo nuclear

EL problema no es de hoy, ni propiamente de aquí; es un problema universal que parte de los Estados Unidos, en tanto que país industrialmente más avanzado y que se plantea ahora de manera candente en toda Europa. Nos referimos a la carestía de los recursos energéticos y a la obligación de afrontar a tiempo las necesidades de energía que impone el crecimiento del consumo. Crecimiento producido no sólo mediante eventuales planes de desarrollo económico, sino debido al propio aumento demográfico de los pueblos, los cuales no admiten la posibilidad de tener que pasar por etapas regresivas y de privación.

La expansión es un hecho y, para darle abasto, es preciso seguir un ritmo de producción, mínimamente acorde con las necesidades que se plantean. Porque ya sabemos que estos mismos grupos que hoy protestan contra la instalación de nuevas centrales, mañana serían implacables ante problemas de carencia de suministro que pudieran surgir como consecuencia, precisamente, de insuficientes centros de producción. Ahora bien, el que seamos conscientes de la responsabilidad que se contrae ante el futuro actuando contra el progreso, no quiere decir que aboquemos cualquier proyecto teóricamente válido de crecimiento. El desarrollo desordenado puede resultar aún más funesto que el estancamiento. Y no fuera justo negarle buena intencionalidad "a priori" a los movimientos ecologistas, preocupados por la anarquía, el derroche y la degradación del medio ambiente. Conviene, cuanto antes, conciliar la imprescindible cobertura de recursos energéticos y, por lo tanto, electrol nucleares, con las plenas garantías de salubridad. Y esto sólo puede lograrse ofreciendo una información transparente y, sobre todo, la garantía de una vigilancia muy estrecha de los poderes públicos sobre toda actividad relacionada con la producción de energía que responda a los intereses del consumidor. En Francia, el presidente Giscard d'Estaing acaba de acordar la constitución de un consejo de sabios y de expertos que entienda de estas cuestiones. No se trata de copiar. Desde estas mismas columnas hemos patrocinado la existencia de un órgano neutral y de reconocido crédito que supervise la política energética. Que tanto los planes de desarrollo de energía como los movimientos ecológicos se vean amparados por una autoridad superior de auténtico rango científico.

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

El peligro de releer

Proust y el verano

PUEDA que me haya llegado ya la hora de ponerme a releer. En todo caso, cuando he de buscar un libro simplemente para pasar el rato, tiendo de manera instintiva a escoger algo ya conocido y medio olvidado: uno de mis clásicos, por decirlo así. Confieso que, a estas alturas, no sólo me divierte sino que me interesa más volver sobre unas páginas de Tolstoi o de Dickens, que no embarcarme en una novela «experimental» contemporánea. No desdeño las novelas «experimentales» del día, desde luego. Pero las leo por obligación: porque no hay más remedio que estar al tanto de lo que se escribe por ahí. La conclusión, sin duda, es que me estoy haciendo viejo a la carrera. ¡Qué le vamos a hacer! La cosa no tiene remedio: la fatalidad biológica funciona por su cuenta, y todos estamos condenados a ser ancianos, si hay suerte... Pensé, de cara a este verano, remozar mi recuerdo de Proust. Y ha sido un error. Quizá Marcel Proust no es un autor «estival»: quiero decir, un autor compatible con los sopores propios de la estación. Lo ignoro. Mi experiencia resultó negativa. Al segundo volumen de la «Recherche» lo cambié por unas lecciones de filosofía del profesor Adorno, que todavía tenía pendientes. Adorno es más entretenido.

Dios me guarde de dar a entender que el objetivo de la «literatura» —incluyendo el género filosófico— es amenizarle la vida al vecindario. Siempre hubo literatos que sí lo creyeron; otros muchos, en cambio, opinan que no, que la «literatura» es un sacerdocio o una pedagogía, y ni los feligreses ni los discípulos esperan que el mago o el maestro se propongan distraerles. Sin embargo... Todo, en esta vida, tiene un límite. Cien páginas de Proust, por ejemplo, quedan muy bien: magníficas. Trescientas o cuatrocientas ya son difíciles de tolerar. No es la primera vez que digo que la prosa de Marcel Proust viene a ser como una especie de chicle verbal, que, a la larga, pierde cualquier sabor que tuviese al principio, y que induce a seguir masticando mecánicamente hasta un final de fatiga idiota. Los chicos escupen la pasta cuando sus mandíbulas ya no aguantan más. Un lector de Proust abandona la «Recherche» por un cansancio parecido. Aquello ya no sabe a nada... Me apresuro a hacer otra salvada: considero como todo el mundo que Marcel Proust es uno de los grandes escritores europeos del siglo XX: figurará en la docena que pasarán a la historia. Nunca se me ocurrirá negarlo. Ni escribo estas líneas para «épatar» a mis colegas intelectuales, tan modestamente regañados ellos. O tan hipócritas... No, no.

Mi reflexión se cife a los «riesgos» de la «relectura». No es lo mismo leer que releer. Se lee por primera vez —no importa cuándo, pero generalmente de joven— con una avidez ingenua, con

critérios virginales, con la boquiabierta fascinación de «descubrir» lo que se presente; se releer, luego, pasados los años, con la sensibilidad cansada, con una saturación de lecturas y, sobre todo, con la memoria obsesionada por la impresión inicial. Yo leí a Proust, de cabo a rabo, hace veintitantos años. Cuando empezaba a ser posible leerle, porque la censura no lo autorizaba, o sólo a medias. Y le leí con pasión, subrayando párrafos, anotando márgenes. Por entonces, claro está, Proust no constituía ninguna novedad. Lo era para los de mi generación «española», analfabetos forzados. Pero constituía una revelación. Era una forma de novelar inédita, era una temática nueva; era una invitación a jugar con las filigranas literarias. Como Joyce, aunque en otro sentido. O como Kafka, y también diferentemente. La «novedad» de Proust para nosotros estaba de moda; la «revelación» era real. Y, ahora, un cuarto de siglo más tarde, «A la recherche du temps perdu», releída, me ha aburrido. Me ha parecido un tostón. Me he sentido defraudado, en consecuencia.

Si me atrevo a explicarlo es, justamente, porque no me había ocurrido nada semejante con las otras vacas sagradas de la narrativa «clásica». Ni siquiera con Joyce. Un novelón de Balzac o de Dostoievski, un folletín de Dickens, las austeras narraciones de Stendhal, «Madame Bovary», el «Werther», «La feria de las vanidades», «Cumbres borrascosas», y —¡naturalmente!— «La montaña mágica» y «Les liaisons dangereuses», y el mismo «Candide», tres o cuatro cosas de Zola, y el entero Chekhov, y los irritantes papeles del irritante conde Tolstoi, y más cosas, pueden ser releídos sin temor: uno vuelve a encontrar en ellos lo que una vez «descubrió», y se solaza con esa confirmación, y, de paso, se divierte. Como se divierte todavía, salvando las distancias, con Chaucer, con Boccaccio, con Joanot Martorell, con el «Lazarillo». Pero Proust, ¡caramba!... No es una relectura —ni menos una lectura— para verano. Se le ha de leer como, si uno es así de retorcido, puede leer a sor Isabel de Villena o al padre Palavicino: lo cual no es verdadera «lectura» sino «operación académica». Opción intelectual muy distinta, en efecto. Los expertos del ramo hablan de «diversos niveles de lectura» ante una obra literaria: el nivel del tedio aún no lo han precisado.

Uno, con Proust, advierte en seguida —ya superado el deslumbramiento de entrada— que todos sus líos de visiteos aristocráticos, de chismografía de salón, de psicología fantasmagórica, de notas de «moralista» muy a la francesa, de ambigüedades sexuales, no alcanzan a seducirle. Los Guermantes, los Verdurin, los Charlus, los Jupiens, los Swans, contemporáneos del «proceso Dreyfuss», nos parecen unos extraños animales

antidiluvianos, increíblemente remotos. Son como unos dinosaurios sociales, comparados con la fauna burguesa e incluso aristocrático-burguesa de los demás: de Tolstoi o Stendhal, de Mann o Dickens, de Flaubert o Kafka, de Galdós o de Oller, de Thackeray o de Dostoievski, de Joyce y de Faulkner o Hemingway. Proust aburre más que nadie. Yo incluso afirmaré que es el único que aburre. Es un escritor que, sin empeñarse mucho en ello, hizo todo lo posible para no dejarse leer. Más tarde le han superado en el propósito. Contra cuyo propósito, en definitiva, no estoy en contra. Cada cual es muy libre de hacer lo que le venga en gana, y un escritor, de escribir para excluir lectores. Marcel Proust no tomaba en cuenta el problema de «ser leído». Y rizó el rizo hasta tal extremo que, en una relectura, el cliente se enfada. Porque, para mayor inri, la «alta sociedad» de que Proust fue parásito, con todos sus trasiegos de fornicación, de envidia o de esnobismo, ya no «interesa» a nadie, fuera de alguna universidad ansiosa de tesis doctorales románicas. (Universidad norteamericana, claro está.) El mundo se ha deslizado hacia puntos que Proust, asmático y homosexual, pero por encima de todo «cursi» y judío, no podía imaginar. Proust acaba siendo una lata por su «escritura», de entrada; pero también porque lo que iba narrando era una trivialidad indecorosa.

Es posible que «releer» a Proust en otoño, o en primavera, sea una oportunidad más favorable. No será yo quien haga la prueba para verificarlo. Hago cruz y raya a los amores del narrador y de Albertina, a los de Charlus y Jupien, a las veleidades de centenares de duques, duquesas, marqueses, marquesas, barones, baronesas, y etcétera, que el pobre Proust maneja en su gran, insigne novela. El relato resulta ininteligible y enojoso. Y aburrido, insisto. Con otra meteorología, quizás, el enfoque cambie. Es una esperanza para Proust, fuera de los programas universitarios. Pero Boccaccio sigue siendo legible durante todos los meses del año. Y mis admirados «clásicos» de veras: los que yo tengo para mi uso particular, como Rabelais, y el Aretino, y Voltaire, y Huxley, y Henry Miller, y los verdaderos «clásicos» de la novela ochocentista... Apuesto contra Proust, en verano. Diría más: Proust ya es ilegible. Perdón: es una lectura para sociólogos muy especializados, y casi diría de «historia local». Proust describe una «sociedad»: no lo hizo como lo hicieron Balzac, Stendhal o Zola, o Mauriac. Desde este ángulo, sus novelas son datos a recoger y verificar. A escala normal, el Proust entero ya no es nada. Y sus rasgos de ingenio —de «esprit»— no superan Chamfort. La Rochefoucauld, La Bruyère... o Maurras. En fin...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

EL HOMOSEXUALISMO Y LA LUCHA DE CLASES

Señor Director:

En el periódico de su dirección, en la sección «Problemas jurídicos», del 16 de agosto, el señor González Ledesma, en un artículo titulado «La Ley de Peligrosidad Social», nos hace, más que una exposición de la represiva Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, una exposición de su criterio frente a dicha ley. En sus diferentes apreciaciones, el señor González Ledesma, amparándose en un falso eclecticismo contemporizador, arremete contra vagos, homosexuales y demás gentes —según su opinión— de mal vivir.

Este señor demuestra, a lo larpo de todo, su artículo, su ignorancia e irresponsabilidad ante el «problema jurídico» y social que plantea la vigencia de la Ley de Peligrosidad Social. El articulista se apoya en «razones» tan evidentes como la existencia de leyes represivas para los vagos y maleantes desde hace 50 años... El peligro de dejar un vacío legal, etc. No es necesario seguir con las «razones» que expone para demostrar la necesidad de la permanencia de la Ley de Peligrosidad Social o de cualquier otra, que garantice la «seguridad» y «re-eduque» a los peligrosos sociales.

El señor González elude alegremente la profundización de las causas por las que existe la Ley de Peligrosidad Social. Olvida, desde un principio, la Política Social y sólo se interesa por las medidas y —eso sí— por su correcta aplicación, para reprimir a todos los sujetos que se niegan a aceptar las pautas burguesas de conducta.

El señor González no sabe, o no quiere enterarse, de que en el modo de producción capitalista, y para perpetuar la dominación de la burguesía, es necesario reprimir cualquier comportamiento que pueda alterar el orden burgués. De aquí la existencia de todos los aparatos ideológicos que mantienen la hegemonía de la clase dominante. El aparato jurídico es el que se encarga de dictar las «reglas» para que la sujeción a la normativa burguesa se cumpla en todos los sujetos.

Al olvidar todo esto, el señor González cae en el voluntarismo jurídico y no aporta ninguna «solución», pues no cuestiona, ni por asomo, las razones de la existencia de todo el aparato jurídico-represivo burgués.

Pero además, el señor González olvida también que los «peligrosos sociales» estamos tomando conciencia de la opresión

a la que estamos sujetos y que estamos empezando a luchar por nuestra liberación. Las mujeres, los homosexuales, los jóvenes, las minorías étnicas y un largo etcétera, que somos los más directamente oprimidos por la actual legislación, combatiremos por nuestra libertad, la cual lograremos conquistar mediante una larga lucha ideológica contra todas las concepciones pseudocientíficas, reaccionarias y retrógradas. Además, también sabemos que esta lucha no puede entenderse separada de la lucha de clases. Sólo una completa transformación de las actuales relaciones de producción, que acabe con la explotación y que permita superar la actual sociedad dividida en clases, podrá liberar a todos los oprimidos sociales.

Jamás las reformas o las «justas aplicaciones» de las leyes represivas podrán liberarnos, ni integrarnos o escondernos, como parece desear el señor González. Solamente nuestra lucha nos hará libres en una sociedad sin opresiones ni explotación de ningún tipo.

Que el señor González se entere bien: la Ley de Peligrosidad Social, tarde o temprano, será totalmente abolida, y gracias a la lucha de todos los sectores marginados por el actual sistema. Nunca gracias a su paternalismo «benefactor».

F.A.G.C.
(Front d'Alliberament Gai de Catalunya)

CON ACENTO

Señor Director:

Sabido es que en catalán hay dos clases de acento gráfico: el «greu» y el «agut». El primero va de izquierda a derecha y el otro de derecha a izquierda (como los girasoles de la política).

Según las reglas ortográficas, las letras mayúsculas deben acentuarse igual que las minúsculas. Pues bien, ocurre que, casi sin excepción, las imprentas carecen de letras mayúsculas acentuadas en los sentidos expresados, lo que origina la confesión de palabras de distinto sentido del que se pretende. Porque no es lo mismo, por ejemplo, «bé» (bien) que «be» (cordero); «escola» (escuela) que «escolá» (monaguillo); «nét» (nieto) que «net» (limpio); «ós» (oso) que «os» (hueso); «dóna» (del verbo dar) que «dona» (mujer); «pel» (contracción de por y el) que «pèl» (pelo). También la falta del acento desbarata muchos tiempos de verbo, puesto que no es igual «fugi» que «fugi», ni «visita» que «visità», ni «escriure» que «escriuré», ni «punxo» que «punxó» ni «xeringa que xeringà».

Creo que es hora de que las entida-

des culturales catalanas, en bien de la pureza del idioma, gestionen de los fabricantes de letras (no los de la sopa), la producción de vocales mayúsculas con los dos tipos de acentuación que la gramática catalana reclama.

Y lo que digo del acento digo de la diéresis. Sería como poner los puntos sobre las íes.

I. C. M.
(Igualada)

EL CORONEL CABRINETY NO DEFENDIÓ PUIGCERDA

Señor Director:

En el programa de festejos editado con motivo del VIII Centenario de la Fundación de la Villa, y patrocinado por el Ayuntamiento, se dedica una página a «Hombres ilustres de la Villa», y figura entre éstas una inscripción que dice: «El brigadier Cabrinety, defensor de la villa».

Ningún hijo de Puigcerdá, o amigo de la villa, ignora que es un dato histórico la defensa en los sitios que la misma sufrió el 10 y 11 de abril de 1873, del 20 de agosto al 3 de septiembre de 1874 y el 16 de julio de 1875, los defensores, en número inferior a los atacantes, defendieron la villa con todo heroísmo, dando un ejemplo de disciplina y patriotismo.

La historia nos dice textualmente: Que el primer sitio se inició el día 10 de abril (Jueves Santo), tocando a somatén a las cuatro de la madrugada, Puigcerdá se defendió con 58 hombres de la 3.ª Compañía del 2.º Batallón de Bailén, 5 agregados de diferentes cuerpos, 14 carabinieri, 30 movilizados y 170 paisanos armados con armas de todas clases; el resto de la población prestó sus servicios en diferentes menesteres, siendo ejemplar la labor desarrollada por las mujeres de la villa.

Los relatos históricos nos dicen textualmente que: «Encargada de darnos socorro la intrépida columna del valiente Coronel Sr. Cabrinety, supo en Olot a las 8 de la mañana del jueves día 10, el peligro que corríamos, y el viernes por la tarde, con admiración de todo el mundo, aparecía ya en la cumbre del monte de Vilallevant, momento en que el adversario huía precipitadamente abandonando el sitio, sin dar por tanto motivo de combate alguno para calificar a Cabrinety de defensor, siendo su actuación sólo en este sitio, si bien creemos que fue el libertador de Puigcerdá».

El día 12 de abril se reunió el Ayuntamiento en sesión extraordinaria y acordó visitar al coronel señor Cabrinety y pre-

sentarle sus respetos y agradecerle, en nombre de la villa, su presencia con sus tropas.

Para más aportación de datos se puede señalar que el coronel Cabrinety fue ascendido a brigadier el día 8 de mayo de 1873, y murió el día 11 de julio del mismo año.

Que los defensores de la villa, en los tres sitios, fueron: en 1873, el teniente don José Cortecans; en 1874, el coronel don Andrés Molera, y en 1875, el comandante don Juan García de Velasco.

Estos son exactamente los datos históricos referentes a los hechos que nos ocupan. Y creo que los datos históricos no pueden en modo alguno alterarse, sino que deben reflejar la más exacta y nítida verdad, no echando al azar los datos de nuestras gestas, ni atribuyendo títulos ni prerrogativas carentes de veracidad.

Antonio BRUNET MATEU
(Puigcerdá)

ALGUNOS TAXISTAS QUE DESHONRAN LA PROFESION

Señor Director:

Le ruego tenga a bien publicar esta carta, si así lo considera, para informar de un abuso que dice muy desfavorablemente de algunos desaprensivos taxistas y va en detrimento de muchos honrados profesionales.

A raíz de la visita de unos familiares de Alicante, hemos utilizado para nuestros desplazamientos el taxi; al ir siete personas utilizábamos dos taxis y la sorpresa era que siendo el mismo itinerario y llegando casi al mismo tiempo los dos taxis, siempre había una diferencia de alrededor de 25 ptas. o más en alguna ocasión. Un ejemplo de lo que le explico: desde la Sagrada Familia, esquina c. Mallorca y Marina, hasta la Avenida María Cristina de la Exposición en el taxi que iba mi señora y tres personas más les costó 130 ptas. y a continuación en el taxi que llegué yo con dos personas más nos costó 175 ptas. y lo alquilamos en el mismo sitio.

Con lo que le expongo no quiero añadir más comentarios y que cada uno lo haga a su razonamiento, pero la lista en la que hay los reflejos, debería suplirse por el reflejo fiel marcado en el taxímetro y nada más, aumentando o acoplado el aparato a los aumentos actuales y así se evitaría el abuso de unos cuantos desaprensivos que hacen su agosto y algo más.

M. G.

(Más cartas en la página siguiente)